













los manuscritos en lenguas vulgares en cantidad de 2078 volúmenes que restaurados y provistos de “un pequeño sello con la corona real y parrilla de S. Lorenzo Mártir”, tenían que salvarse – como dice Rozanski- “de algún viaje sin pasaporte legítimo”<sup>9</sup>. Con la ayuda eficaz de un destacado arabista y amigo, Francisco Fernández González, Rozanski examinó y clasificó también dos mil manuscritos árabes, muy deteriorados por el incendio de 1671, frecuentemente rotos, enmohecidos, transformados en una masa compacta y duros como madera o adheridos unos a otros. Tanto esos manuscritos como los demás, en latín, castellano, catalán, valenciano, provenzal, italiano, alemán, francés, pasaron por sus manos, habiéndolos separado, alisado, quitado las manchas y ordenado el mismo P. Félix, sin desechar alguno, ni siquiera si se encontraba en un montón de desperdicios y basura.

### CON RESPETO Y CARIÑO

Es sorprendente el respetuoso amor profesado por Rozanski a estos vetustos testigos del pasado. Para él –como dice en su obra titulada: “*Relación sumaria sobre los códices y manuscritos en El Escorial*”, Madrid, 1888-, cada manuscrito era un individuo con la fecha de su origen, nacimiento e historia<sup>10</sup>. Los trataba como si fueran seres racionales, perseguidos por la adversidad y que hubieran sufrido la decrepitud propia de la vejez. “Estos ancianos de centenares y también de miles de años de existencia, quedan mudos y guardan un impenetrable secreto sobre los viajes que hicieron desde el momento de su nacimiento; lo único que se puede arrancarles es su edad y no siempre en absoluto”<sup>11</sup>.

En la “Relación” ya mencionada y que refleja tanto el afecto del autor a los manuscritos escurialenses como su amplia erudición histórica, Rozanski sigue el orden cronológico, dando al principio de cada siglo a que pertenecían los documentos, un breve compendio de los acontecimientos históricos y culturales en Europa. Así pues dedica, como polaco, un recuerdo al vasto mundo de los eslavos que, paganos aún en el s. IX, apenas si empezaban entonces “a oír algo de la luz evangélica”<sup>12</sup>. Luego con especial interés penetra en los últimos siglos de la Edad Media, admirando los avances culturales de ese periodo, menciona la fundación de varias universidades en el siglo XIV, entre otras la de Cracovia (Polonia) 1364, la más antigua en la Europa Central, después de la de Praga, 1348.

No todo lo medieval, pese al apego de Rozanski a esa época, provoca su entusiasmo. Critica con severidad, p. ej., la ignorancia del clero alemán en el s. XIV, una de las causas –según su parecer- de la Reforma posterior, y se indigna ante las exageraciones de la moda femenina en los últimos años de la Edad Media.

Tampoco es de su agrado la victoria de la imprenta en el siglo XV, que al paralizar la confección de los maravillosos códices, ha obligado a los copistas, a pesar de sus reclamaciones, quejas y

<sup>9</sup> Ídem, p. 12.

<sup>10</sup> Ídem, p. 12.

<sup>11</sup> Ídem, p. 17.

<sup>12</sup> Ídem.

lágrimas, a enterrar su pluma. La frialdad del nuevo invento “este absoluto y poderosísimo monarca”<sup>13</sup>, aniquiló el encanto personal del arte de los manuscritos y redujo lamentablemente su número en El Escorial. Una vez más y con ternura quizás esclava, expresa Rozanski su profundo amor a las cosas del pasado: “¡Pobres pergaminos viejos! Mirándoos, habláis al corazón tan misteriosamente y a pesar de ser cadáveres, vuestra voz dulce dice a vuestros amadores: soy quien soy –muerto, sin embargo vivo y viviré. ¡Oh venerable antigüedad... cuánto te admiro!”<sup>14</sup>.

#### ALGUNAS SATISFACCIONES

A las aulas escurialenses, sombrías y frecuentemente glaciales donde permanecía Rozanski, acudían eruditos de todo Europa, incluso de Polonia y Rusia. El P. Félix seguía con vivo interés y simpatía la abnegada labor de esos hombres cuando sentados en las pesadas mesas de la sala de lectura, mal alumbrada por las ventanas que daban al Patio de los Reyes, se entregaban al estudio de los documentos. Veía con íntima satisfacción como consultaban y apreciaban los catálogos redactados por él, reconociendo su eficacia. Pero disfrutaba sobre todo con las preguntas que le hacían los investigadores. Su inquietud y entrega incondicional a la ciencia animaban a Rozanski y le sostenían en su cargo de bibliotecario, “difícil, delicado y espinoso”<sup>15</sup> que tan poca gente sabía comprender y apreciar. El entusiasmo del P. Félix por la cultura y sus buenas relaciones con los estudiosos, eran observados sin ser compartidos por algunos compañeros suyos que, al no comprenderlo, interpretaban torcidamente el sacrificio y el celo del bibliotecario. Frente a esa incompreensión, tanto más destacaba la actitud de los extranjeros que habiendo recurrido a la Biblioteca Laurentina en sus trabajos, dejaron el testimonio de su satisfacción y agradecimiento a Rozanski. Algunos rindieron homenaje a la eficiencia profesional y simpatía personal del bibliotecario polaco, presentándole incluso como modelo digno de imitación. Otros glosaron su conocimiento de idiomas y su ayuda competente a los investigadores enfrentados con las dificultades características en los archivos y bibliotecas.

El francés Charles Graux, helenista y paleólogo, autor de uno de los mejores catálogos de códices griegos, publicado en París en 1880, reconoció en Rozanski cualidades de bibliotecario, verdaderamente experto, sin cuya ayuda desinteresada, su catálogo no hubiera llegado a buen fin. “No puedo seguir adelante –dice por su parte el conocido filólogo Otto Hanse- sin expresar mi más sincero agradecimiento al excelente experto en Lenguas, D. Félix Rozanski, por su excepcional afabilidad y deseos de ayudar. La serena cordialidad de este hombre y su ejemplar entusiasmo por el trabajo, me permitían olvidar las rudas condiciones de la sala de lectura en El Escorial, con su frío y oscuridad”<sup>16</sup>. Otro investigador Paul Ewald, que trabajó en El Escorial en los años 1878-1879, tenía a Rozanski por modelo de bibliotecarios y consideraba como

<sup>13</sup> Ídem, p. 83.

<sup>14</sup> Ídem, p. 83.

<sup>15</sup> Ídem, p. 3.

<sup>16</sup> Ídem, p. 1. (en alemán).



sumamente útil su extenso catálogo de manuscritos escorialenses dispuestos por orden de materias.

#### OTRAS OCUPACIONES

Además de las cualidades de bibliotecario, Rozanski poseía también, según parece, el don de la administración. Por la módica suma de 30.000 reales que supo conseguir, restauró parcialmente y antes que todo, el salón principal de la Real Biblioteca, colocando una estantería nueva, ya que la antigua había quedado seriamente averiada por el fuego de 1671. En otra de sus intervenciones administrativas, el P. Félix se enfrentó con el problema del frío, enemigo personal suyo. Hijo de Polonia, país de inviernos rigurosos pero dotado de viviendas bien acondicionadas, Rozanski sufría mucho por el ambiente helado del pétreo Monasterio, donde él y su único ayudante, “ambos con las manos hinchadas de frío”<sup>17</sup>, tenían que manejar incontables volúmenes de códices y manuscritos. El frío ahuyentaba también a los investigadores, sobre todo extranjeros, que no podían trabajar en una biblioteca desprovista, aparte de un ineficaz brasero, de cualquier fuente de calor. Para paliar esta incomodidad, Rozanski tuvo la feliz idea de transformar la sala llamada “celda de Juanelo”, destinada hasta entonces a las obras puestas en el índice, en una acogedora sala de estudio. Con este fin y después de trasladar las obras prohibidas a otro sitio, ordenó colocar en dicha “celda de Juanelo” no solo un entarimado de madera, sino también una estufa, “tal como existe hoy día”<sup>18</sup>, según dice en una nota posterior. Asimismo, tramitó Rozanski el asunto de 5.000 volúmenes de la Biblioteca del Seminario que fundada por el arzobispo Antonio Claret, permanecía abandonada y carente –como indica Rozanski- de “la más ligera lista de su contenido”<sup>19</sup>. Tanto el catálogo de esta colección, como su incorporación a la Biblioteca Principal por una orden real, corrieron a cargo del bibliotecario polaco.

Con todo esto y atendiendo a numerosas obligaciones, p. ej., clases de francés que daba gratuitamente en el Colegio Real de El Escorial, tenía que hilar delgado, para no exceder de la modesta suma de 75 pesetas mensuales que recibía no sólo para los gastos de encuadernación y restauración de los manuscritos, sino también para el abono de algunas revistas profesionales indispensables.

#### DESAVENENCIAS Y AMISTADES

No tenía el bibliotecario muchos ratos de ocio. El creciente interés por la historia contribuía a cada vez mayor afluencia de estudiosos, mientras aumentaban también las consultas por escrito de todos los que, tanto españoles como numerosos extranjeros, no podían acudir personalmente a El Escorial. En sólo dos años –según Rozanski- se estudiaron, resolvieron y contestaron asuntos referentes a más de 2.500 volúmenes de manuscritos<sup>20</sup>. El personal de la Biblioteca, sin

<sup>17</sup> Ídem, p. 92 (Nota 2).

<sup>18</sup> Ídem, p. 92 (Nota 3 en p. 94).

<sup>19</sup> Ídem, p. 92 (Nota 3).

<sup>20</sup> Ídem, p. 92 (Nota 3).

embargo, destinado a esos quehaceres, estaba reducido al mínimo y constaba sólo de dos personas: el jefe o sea el P. Félix y un dependiente. Este, por no haber otra persona para atender al público que venía a visitar la Biblioteca Principal, estaba casi siempre ocupado, de manera que todas las demás obligaciones recaían sobre el bibliotecario. Era pues de hecho –como lo menciona- “jefe, corresponsal, consultor, servidor y criado”<sup>21</sup>, que tenía que buscar y luego colocar personalmente las obras pedidas por los interesados.

Pese a los inconvenientes, el P. Félix no se quejó nunca del exceso de trabajo que en realidad le encantaba. La preocupación y el disgusto que manifestaría una vez abandonado El Escorial, tenían causas muy distintas, aunque frecuentes: la hostilidad, tanto de los demás compañeros como de los que pretendían ocupar su puesto. “No me faltaron numerosos detractores –escribe con amargura años después- que llevaron mi nombre al periodismo y que me son perfectamente conocidos. Unos querían pulverizarme por no haber podido servirse de mí a su gusto y capricho. Otros, a pesar del trato que tenían conmigo y me llamaban su estimado amigo, detrás censuraban mi carácter de insociable, intratable, agrio, etc., y esto en lugares en que, aunque sus censuras indignas fuesen en todo o en parte verdad, debían guardar silencio y prudente reserva. Estos buscaban mi desprestigio y alcanzaron, hasta cierto punto, sus deseos”<sup>22</sup>. Pese al sinsabor y desconsuelo que se desprenden de estas palabras, Rozanski silenció con discreción los nombres de sus enemigos.

No procedió, sin embargo, del mismo modo con las personas de cuya amistad y protección se sentía orgulloso. Los amigos que menciona, eran todos miembros de las Academias, muy conocidos en el mundo de la cultura y política de entonces. Entre ellos figuran personajes como Aureliano Guerra y Orbe, literato y pintor, miembro de la Academia Española. Antonio Fabié y Escudero, diputado por Sevilla, autor de la “Ley Maestra”, académico de las de Lengua y de Historia, Francisco Fernández González, arabista, académico también y al que Rozanski guardaba un profundo agradecimiento. Francisco Codera y Zaidín, otro arabista, catedrático y más tarde miembro de dos Academias. Puede ser que la figura más afín a la labor y aficiones de Rozanski, fuese la del P. Fidel Fita y Colomer, conocido jesuita catalán. Erudito excepcional, miembro de número y más tarde director de la Academia de la Historia, el P. Fidel, para quien las lenguas clásicas, el hebreo y el vascuence no tenían secretos, destacó como investigador incansable de los documentos eclesiásticos medievales. Tanto el P. Fita como los demás aquí mencionados, distinguieron a Rozanski con su amistad y respeto.

#### TRADUCIR PARA ACERCAR

Entre la plena dedicación a su trabajo y la preocupación por el acomodo y ordenamiento de la Biblioteca, Rozanski supo encontrar tiempo para traducir al español una obra del historiador polaco Ksawery Liske (1838-91), fundador de una nueva escuela histórica en Polonia. Partidario del acercamiento entre los pueblos, Liske reunió en una obra suya algunas crónicas, dejadas por los viajeros polacos y otros que habían visitado España entre los siglos XV y XVII. Al encargarse

<sup>21</sup> Ídem, p. 92 (Nota 3 en p. 93).

<sup>22</sup> Ídem, p. 3.

de la versión española, Rozanski correspondía al deseo de Liske que quería dar a conocer esos datos inéditos referentes a la historia de España y conservados hasta entonces en los archivos polacos. Liske tenía la esperanza de que su aportación serviría de provecho “aunque fuese pequeño” –como dice- a la historiografía española”<sup>23</sup>.

Gracias a la amabilidad del P. Teodoro Alonso, archivero en la Real Biblioteca de El Escorial, he podido hojear el manuscrito polaco de Liske y descifrar su empalidecida letra de hace más de cien años. Antes que yo, se había inclinado sobre esas páginas, su traductor el P. Rozanski, durante muchas noches y hurtando ratos al sueño. Bajo el título: “Viajes de extranjeros por España y Portugal, en los siglos XV, XVI, XVII” publicó esta traducción, supongo que a sus expensas, en Madrid, 1878, ocultando con modestia su identidad de traductor bajo las simples iniciales F.R.

Entre los viajes que contiene la obra de Liske, descuellan las cartas de Juan Dantisco (1485-1545), durante varios años embajador del rey polaco Segismundo I Jagellón, en la corte española de Carlos V. Culto, inteligente y de lengua mordaz, adicto a Erasmo y amigo de los hermanos Valdés, de Diego Gracián de Alderete, de Hernán Cortés y, más tarde, después de su vuelta a Polonia, de Nicolás Copérnico, Dantisco ha dejado una sorprendente y verosímil visión de la España Renacentista. Escritas en latín y dirigidas al rey de Polonia y otras personalidades, sus cartas contienen infinidad de detalles inéditos y observaciones perspicaces sobre la corte y la política del emperador. Desconocidas durante mucho tiempo en España, han servido y sirven frecuentemente de referencia a los historiadores españoles contemporáneos. Félix Rozanski tuvo el mérito de publicar esta casi anónima versión en castellano, de tan valiosos documentos. Tradujo también, esta vez al polaco, las cartas de Pedro Ronquillo, embajador de España en Polonia en el siglo XVII.

#### UN INTENTO FRUSTADO

No obstante, y pese a las buenas intenciones y la incansable labor del P. Félix, las cosas de su trabajo se complicaban y los disgustos diarios iban en aumento. “Lo que trastornaba más este servicio de esfuerzo –dice Rozanski- fue el deplorable sistema de otorgar licencias por la Real Intendencia sin límites, de que, aprovechándose la gente, pedía obras tras obras, y sin escuchar razones en estos casos, se me contestaba: “estoy en mi derecho de pedir lo que me conviene”. De allí se originaron vejaciones, abusos, amenazas insolentes y groseras como lo de “limpiar el comedero”, y luego quejas a la superioridad, y calumnias hasta en los periódicos. No habiendo servicio suficiente, cada uno quiso andar por la Biblioteca como por su casa”<sup>24</sup>.

No menos desafortunado fue Rozanski en sus varias peticiones destinadas a mejorar los servicios de la Biblioteca: pocas dieron resultado. No llegó a conseguir una estantería nueva para

<sup>23</sup> Ksawery Liske: Introducción a su manuscrito de: *Extranjeros en España en los siglos XV, XVI, XVII*. Mss en polaco, en la Biblioteca de El Escorial.

<sup>24</sup> Félix Rozanski: *Relación sumaria de los códices y manuscritos en El Escorial*, p. 93 (Nota 3).

los manuscritos ni tampoco se le permitió –como dice- “poner otro suelo y quitar el de ladrillos de mala calidad que desprendía polvo rojo y perdía los libros”<sup>25</sup>.

Pero lo que más le debió afectar, fue el silencio y la indiferencia en que había caído su proyecto de un reglamento nuevo de la Biblioteca de El Escorial, cuidadosamente preparado. La redacción del texto de este reglamento fue discutida y luego encargada a Rozanski por la junta que se reunió en el archivo del rey y por la orden de éste, el 27 de mayo de 1876. Esta junta, además del P. Félix comprendía a D. Manuel Zarco del Valle, bibliotecario particular de Alfonso XII y a D. José Güemes, archivero general de la Real Casa.

Al lado de los artículos indispensables en el reglamento de una biblioteca, Rozanski apuntó una serie de observaciones en las márgenes del mismo interesantes y características por las opiniones y el temperamento del autor. A través de su proyecto aparece el P. Félix como un monárquico adicto y convencido. “La Biblioteca de El Escorial –dice- una de las más preciosas alhajas de la Corona”, ha de quedar siempre bajo la protección directa del rey sin que pueda intervenir un ministro cualquiera, ya que “en nuestros días más que antes”, inclinándose las voluntades a despojar la Corona de sus propiedades, es menester precaverse de sus atentados”<sup>26</sup>.

El bibliotecario –según el proyecto de Rozanski- había de ser sacerdote. “Además debe saber por estudios y fuera de los conocimientos indispensables de su importante encargo, a lo menos una de cada lengua de los tres principales idiomas antiguos de Europa, es decir: del romano, germánico y eslavo, y, además, el latín y algún conocimiento de lenguas orientales”<sup>27</sup>. Al mismo tiempo apunta Rozanski que la Biblioteca de El Escorial es pobre “en la literatura germánica y no posee nada de la eslava que está civilizando la Rusia y penetra en el Oriente; atribuye esto –añade- a la falta de conocimiento de lenguas en los Bibliotecarios de este Real Sitio”<sup>28</sup>.

Encuentra indispensable que cada bibliotecario en funciones presente a la Superioridad una relación semestral de las entradas de nuevas obras para obligarle a ponerlas en orden y a “no dejarlas, como lo encontré” –añade- a la buena de Dios”. La dependencia de la Biblioteca Escorialense “tanto de la Real de Madrid como del presidente de la Real Capilla de este Monasterio, no dio buenos resultados esperados, le faltaba, parece, la cabeza del centro de la administración principal, y cayó en desorden”<sup>29</sup>.

Por extraño que pueda parecer, la Biblioteca de El Escorial, hasta la llegada de Rozanski, no disponía de un portero. “Eso es precisamente –sigue el P. Félix- lo que falta aquí, y, sin embargo, hay un cuarto para el Portero de la Biblioteca”. Y, recordando este detalle, Rozanski se pone a enumerar en un rápido y pintoresco relato, todos los contratiempos que han sido su pan cada día: “la gente se pasea por todas las galerías, llama, golpea a las puertas de la Biblioteca, quita

<sup>25</sup> Ídem, p. 94 (Nota 3).

<sup>26</sup> Y los siguientes hasta el 33 inclusive, se encuentran en Félix Rozanski: Materiales concentrados bajo el título: *Proyecto de Reglamento para la Real Biblioteca de S. Lorenzo de El Escorial*, legajo 428, Mss. En el Archivo de la Biblioteca del Palacio Real, Madrid.

<sup>27</sup> Ídem.

<sup>28</sup> Ídem.

<sup>29</sup> Ídem.

de ellas los avisos, escribe encima incidencias e insultos y si no estoy presente para la custodia, has encuentro basuras. Sería muy conveniente –dice- de cortar el paso a la Biblioteca cuando esté cerrada, con una parrilla de madera en medio de la galería; poco costaría esta obra y se salvaría la hermosa obra de la puerta”<sup>30</sup>.

En su celo de defensor de la Biblioteca contra la indiscreción de los curiosos y mal educados, invoca también la situación geográfica de El Escorial, recordando que en invierno “baja el sol detrás de las montañas y la Biblioteca queda a oscuras”<sup>31</sup>. Conviene pues en este período del año, cerrarla a las tres de la tarde. Asimismo, la sección de los manuscritos debería quedar fuera del alcance de los visitantes. “Como no representa nada a la curiosidad y como está apartada mucho de la principal, me parece prudente –dice- de no permitir reconocer sus entradas y salidas a nadie”<sup>32</sup>.

No cabe duda que estas notas y proposiciones del P. Félix, muy justas en teoría, debieron molestar e irritar a muchas personas acostumbradas a andar por la Biblioteca como por su casa. El hecho de que el reglamento, pese a su calidad, no fuera puesto en práctica, es significativo y hace suponer un sentimiento de hostilidad o quizás de envidia, que en muchas ocasiones frenaba las iniciativas de Rozanski. La suposición queda confirmada por la nota añadida más tarde al primer folio de dicho Proyecto de Reglamento y que reza: “Después de celebrada la primera Junta a que se refiere este proyecto de Reglamento, por la comisión nombrada en Real Orden de 1 de mayo de 1876, no ha vuelto a reunirse, sin duda por haber dispuesto otra cosa el Bibliotecario de S.M., quedando este asunto sin tramitación ulterior”<sup>33</sup>. El mismo autor del Proyecto no se enteró nunca porque se había frustrado su iniciativa, pero se sintió profundamente dolorido.

Sólo un año antes de jubilarse Rozanski y abandonar El Escorial, se le acordó por fin el aumento del personal de servicio, en “un portero inútil y un celador” –como dice irónicamente D. Félix- <sup>34</sup> (36), pero sin promulgar el reglamento nuevo, lo que no llegó a cambiar en absoluto el “status quo”. Por el contrario, los nuevos empleados, recomendados por los competidores del bibliotecario polaco, no sólo trabajaban a disgusto bajo sus órdenes, sino que colaboraban eficazmente en su desprestigio personal. Como se puede ver, los ánimos, pese a la tranquilidad relativa del periodo en el que Rozanski había trabajado en El Escorial, no tenían nada de pacíficos. La envidia y el odio mutuo levantaban la cabeza con cualquier ocasión, incluso en las vetustas bibliotecas cuyo ambiente de concentración y silencio parecía indico para fortalecer los espíritus y hacerlos inmunes ante las contrariedades de la vida.

Las observaciones y críticas de Rozanski resultan, sin embargo, anodinas si se las compara, p. ej., con las de Manuel Torres Campos, publicadas en la “Revista Contemporánea” (enero de 1877). Su célebre artículo titulado “Bibliotecas Nacionales”, que juzgaron ofensivo los

<sup>30</sup> Ídem

<sup>31</sup> Ídem.

<sup>32</sup> Ídem.

<sup>33</sup> Ídem.

<sup>34</sup> Félix Rozanski: *Relación sumaria...*, p. 93 (Nota 3).

bibliotecarios de la Nacional, suscitó protestaciones, aclaraciones y polémica, mientras el Proyecto del P. Félix fue abandonado en silencio.

Los pocos españoles que mencionaron a Rozanski en sus trabajos referentes a la Real de El Escorial, enjuiciaron su labor sin mayor interés, considerándole como uno de esos bibliotecarios que con más o menos suerte examinaban y organizaban los inagotables tesoros del Monasterio. El esfuerzo emprendido por Rozanski en compañía del gran arabista Fernández González, para clasificar y salvar, p. ej., un gran número de manuscritos árabes, abandonados a su suerte durante siglos, fue juzgado por los críticos de nuestro bibliotecario como fruto de buena voluntad más bien que de sus conocimientos. Varios años después de la muerte de P. Félix, Francisco Codera Zaidín acusó, sin señalar los nombres, a todos los bibliotecarios “más celosos que discretos, quienes –como dice- tuvieron la fatal idea de encuadernar de nuevo los libros estropeados, que vistieron con encuadernaciones lujosas a veces, y siempre funestas para los manuscritos”<sup>35</sup>. ¿Podrían estas palabras referirse también a Rozanski? No lo parece, ya que éste nunca disponía de fondos suficientes para encuadernaciones lujosas. Las que menciona el mismo, eran sencillísimas, seguramente aprobadas por Francisco Fernández y González, a cuyo profundo conocimiento del árabe, tenía recurso el P. Félix. Codera, por su parte, acompañado de su discípulo Julián Ribera (más tarde catedrático de árabe en la Universidad de Zaragoza) y autorizado por Rozanski, intentó también ordenar las hojas sueltas de dichos manuscritos sirviéndose de un sistema de su invención: “Comenzamos –explica Codera- por examinar uno a uno los legajos de hojas sueltas, y de acuerdo con el bibliotecario Sr. Rozanski, de lo existente de cada legajo pusimos en diferente carpeta...”<sup>36</sup> ¿Lo habrán terminado?

#### ADIOS A EL ESCORIAL.

Cuando corría el año 1884, noveno y último de los dedicados a la Real Biblioteca de El Escorial por el P. Félix, con la fecha del 27 de mayo de dicho año, éste, vista su edad, recibió la orden real de abandonar el Monasterio de San Lorenzo y dirigirse a Tarragona, con destino a la catedral de esta ciudad. No debía encantarle esta decisión real, puesto que tardó más de medio año antes de presentarse en Cataluña. Lógicamente se podía suponer que después de los duros inviernos de la Sierra del Guadarrama, el suave clima mediterráneo y la presencia de los monumentos de la antigüedad que tanto estimaba, aparecieran a Rozanski, hombre entrado en años, como un ambiente feliz y deseable para el final de una vida bastante agitada. No obstante, no fue así. El encuentro con la bella y soleada capital catalana le llenó de amargura, pareciéndole un lugar de destierro definitivo. Desde el primer momento le embargó la nostalgia del severo ambiente de El Escorial, de su dura pero tan apasionante labor de bibliotecario y del continuo contacto con el mundo intelectual de España y Europa.

“Tarragona es una plaza desierta –escribe- se desconoce aquí el menor movimiento literario. La Biblioteca Provincial, compuesta de los restos teológicos de los conventos suprimidos, no posee

<sup>35</sup> Francisco Codera Zaidín: “Manuscritos árabes del Escorial”. En: *Boletín de la RAH*, diciembre de 1898, T. 33, p. 466.

<sup>36</sup> Ídem, p.469

siquiera “La España Sagrada”<sup>37</sup>. Abandonado a sí mismo, y sintiéndose extraño en el área de la lengua catalana que probablemente no hablara, volvía en el pensamiento el recuerdo de esos nueve años de convivencia con una de las más prestigiosas bibliotecas europeas, y echaba de menos a aquellos eruditos de España y otros países que le habían tratado con simpatía y comprensión.

Según los escasos datos que he recogido en Madrid en las obras de Julián Zarco Cuevas y de Guillermo Antolín y Pajares, Rozanski fue nombrado canónigo en la catedral de Tarragona. Pero cuando he confrontado dicha información con los documentos “in situ”, o sea en el archivo de la catedral tarraconense, el resultado de mi investigación fue distinto. Rozanski no fue canónigo, sino beneficiado de la catedral, lo que significa que en la jerarquía eclesiástica estaba por debajo de los canónigos. A los beneficiados que tenían que cumplir una serie de condiciones indispensables, tales como: ser varones, cristiano, solteros y eclesiásticos, se les exigía también una edad correspondiente, un nombramiento de la superioridad adecuada y la ciudadanía española. El polaco debía cumplir todas estas condiciones, habiendo recibido la nacionalidad española junto con su nombramiento. De todos modos, el beneficiario del P. Félix fue una distinción, debida seguramente a sus méritos demostrados en El Escorial y también, tal vez, a la influencia de su amigo catalán, el P. Fita y Colomer.

Rozanski tomó posesión de su beneficio el 20 de diciembre de 1884; después de jurar obediencia y fidelidad a las autoridades eclesiásticas y comprometiéndose a estar presente en todos los oficios y oraciones diarias de los canónigos en el coro. Estaba conforme con todo, menos con la obligación de permanecer constantemente en Tarragona. Acostumbrado a una vida activa y a la proximidad de Madrid, se amoldaba difícilmente a la monotonía provinciana de la Cataluña de entonces. Tal vez por eso o por la necesidad innata de actividad, se ocupaba voluntariamente de la Biblioteca Provincial, cuyas reservas y posibilidades motivaban sus quejas.

#### UN HALLAZGO.

En la mencionada Biblioteca Provincial de Tarragona, dotada actualmente de un extenso acopio de libros y ubicada en un edificio distinto del de 1884, tuve la sorpresa de encontrar dos obras del P. Félix, escritas en polaco y depositadas allí, como es de suponer, después de la muerte de su autor. Parece que durante casi un siglo de su permanencia en la biblioteca tarragonense, estos libros no habían encontrado lector alguno que comprendiera la lengua polaca, a excepción de polillas que labraron sus hojas con minúsculas e intrincadas galerías. Una de esas obras en dos tomos, publicada en París en 1864, lleva por título “La religión de los antiguos israelitas, sus hábitos y costumbres”. Según la intención del autor, la obra debía construir la primera parte de un gran estudio sobre varias religiones antiguas de la humanidad, proyecto que prueba los amplios conocimientos de Rozanski en el campo historiográfico. Que la historia ha sido la disciplina preferida del P. Félix, lo confirma también el lema colocado al principio del libro mencionado: “El pasado es la mejor enseñanza para nosotros”, así como el contenido de otra

<sup>37</sup> F. Rozanski: *Relación sumaria...*, p. 7 (Nota 2).

obra que igualmente he encontrado en Tarragona. Se trata esta vez de la traducción al polaco de un manuscrito español de El Escorial, del s. XVI, titulado "Expedición a Hungría de Bernardo Aldana, general de la caballería española en los años 1548-56". Este largo relato, traducido por Rozanski y publicado en Cracovia (Polonia) en 1881, resultó ser de gran interés para los historiadores polacos, ya que se refería parcialmente a Polonia y sus relaciones con los reinos vecinos en la época del mayor poder de este país en el s. XVI. Bernardo Aldana que por orden de Carlos V había tomado parte activa en todas las pretensiones dinásticas hispano-austro-húngaro-polacas, se daba perfecta cuenta no sólo de las intrigas políticas centroeuropeas, sino también del peligro turco que amenazaba tanto los intereses de Carlos V y de su hermano Fernando, entonces rey de Hungría, como mucho más directamente, los de Polonia. Al publicar esta vez su traducción, el P. Félix, sin ocultar su identidad bajo unas iniciales, puso la siguiente nota en su trabajo: "tradujo y editó del original español el P. Félix Rozanski, director de la Real Academia de El Escorial".

No tenemos datos anecdóticos ni noticias precisas sobre el modo de vivir de Rozanski en Tarragona, como tampoco sabemos nada acerca de los amigos que pudiera tener en la antigua capital romana. De las obras que tal vez estuviera allí preparando, solo conocemos la mencionada "*Relación sumaria*", escrita en Tarragona y publicada en Madrid en 1888.

Según he podido deducir de los breves apuntes que existen en la catedral de Tarragona y que me ha proporcionado amablemente su canónigo-archivero, el P. Ramón Salvador, Félix Rozanski dejó entre los últimos compañeros de su vida, el recuerdo de un hombre tranquilo, ponderado y bien intencionado para con los demás, y sobre todo muy laborioso. La muerte por un paro cardíaco le sobrevino durante un servicio religioso en la catedral, el 20 de mayo de 1891, en medio de la bella primavera mediterránea<sup>38</sup>. Está enterrado en el sepulcro colectivo de los beneficiados en el cementerio municipal de la antigua Tarraco.

## CONCLUSIÓN

Las opiniones acerca de la labor de Félix Rozanski en El Escorial no han sido, como hemos visto, unánimes. Muy apreciado por los investigadores extranjeros y también españoles, p. ej., J. Villaamil<sup>39</sup>, tuvo que sufrir las críticas de algunos de sus colaboradores o rivales en la dirección de la Biblioteca. Hay que subrayar, sin embargo, que, en contra de la inquina de los envidiosos, supo conseguir la amistad de muchos españoles ilustres de su época. También la academia de la Historia de Madrid reconoció sus méritos, admitiéndole en su seno (1882), como miembro correspondiente.

A pesar de las imperfecciones de orden profesional que se le han reprochado, no cabe duda que Rozanski realizó en El Escorial una amplia y provechosa labor, cuyas huellas persisten hasta

<sup>38</sup> Acta de defunción de Félix Rozanski, del 20 de mayo de 1891. Libro de defunciones del Archivo de la Catedral de Tarragona. Tomo X, fol. 248 (vuelta).

<sup>39</sup> J. Villaamil y Castro: "Códices jurídicos de la Biblioteca de El Escorial". Artículo publicado en *la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 31 de enero de 1883 en que, después de una visita en la RBE dice: "debo manifestar que he sido tratado con fina cortesía por el sacerdote polaco a quien S.M. ha confiado la guarda de aquel copiosísimo tesoro bibliográfico-diplomático", p. 38.



ahora. Todo lo que ha hecho, su trabajo diario en la Biblioteca, los catálogos y reglamentos, las iniciativas reformadoras en cuanto a la organización y comodidad, las preocupaciones de orden artístico y el verdadero cariño hacia el tesoro nacional de El Escorial, prueban su entusiasmo y laboriosidad, dignos de encomio y carentes de indiferencia o pusilanimidad. Era uno de esos polacos cultos que, expatriados de su país en el revuelto siglo XIX, tomaron parte activa en la vida intelectual del Occidente. Deseoso de bien servir a España, su patria adoptiva, Rozanski colaboró intensamente en la obra de su renovación cultural.

Me figuro la alegría con la que Rozanski hubiera aplaudido las “Normas de Acceso”, promulgadas por la dirección de la Biblioteca Nacional de Madrid en verano de 1987, y reclamadas por él hace exactamente cien años, para acabar con el desorden y otros males de las ilustres y admiradas “Academias de la Nación”.

Por otra parte, al ser un ferviente partidario de la convivencia pacífica entre los pueblos, Félix Rozanski se esforzó, sirviéndose de los medios que tenía a su alcance, a colaborar en el acercamiento entre España y Polonia. No cabe duda que, entre otras, fue gracias a su mediación que los polacos sin que su patria existiera como país independiente, pudieron tomar parte en el homenaje tributado en Madrid a Pedro Calderón de la Barca en 1881.

Y, aunque en esta ocasión el entusiástico poema de Platón Kosteki de la Universidad de Lvov, escrito en polaco y acompañado de una versión en francés, no había recibido el primer premio, quedó en los archivos de la Biblioteca Nacional de Madrid como testimonio hartamente expresivo de la veneración que han sentido siempre los polacos hacia la figura del gran autor de “La vida es sueño”, con su poderoso, aunque fantástico, ambiente polaco.